

Apuntes sobre el Fabro de las Cartas

P. Juan Ochagavía, s.j.

La reciente canonización de San Pedro Fabro (2013) me hizo volver a sus escritos. Estas páginas son simples apuntes, resultado de una lectura cuidadosa de sus cartas. Hay muchos y buenos estudios sobre Fabro, pero no los he consultado aquí. Mi impresión es que hoy puede él decirnos cosas que necesitamos urgentemente, en una Iglesia que desea renovarse según el gozo del Evangelio.

Dedico estas páginas a mis hermanos jesuitas, en especial a los que, preparándose para el sacerdocio, viven y estudian en el teologado Pedro Fabro. Mi deseo es que puedan encontrar en él un modelo válido en su camino al sacerdocio de la Compañía de Jesús, tan marcadamente centrado en el anuncio de la Palabra y en dejarse conducir por el Espíritu.

Por siglos la santificación del jesuita Pedro Fabro (1506-1546) se había detenido en el nivel de beato, sin subir a santo, pese a ser admirado y muy querido en el mundo ignaciano. Tuvo que venir el papa Francisco para que, a la primera insinuación de sus devotos, lo canonizara “por proceso breve”. La alta calidad espiritual de este primero y simpático compañero de San Ignacio se refleja en su *Memorial*, donde narra agradecido las gracias recibidas de Dios. Este es el Fabro que la gente conoce.

Pero hay otro Fabro, el de las cartas, el de los múltiples contactos, el del incesante dar los Ejercicios, el de la promoción de vocaciones, el confesor, el de la reforma católica, que casi nadie conoce. No es fácil meterse en sus cartas, que están escritas en varios idiomas, a menudo entremezclados dentro de la misma carta y hasta en una misma frase. Pasa como sin darse cuenta del latín al castellano, al francés y al italiano. Ignacio lo retaba por este su descuido en escribir, porque quería que las cartas circularan para mantener viva la unión de los ánimos entre los jesuitas dispersos. Pero él se defendía diciendo que estaba demasiado ocupado y que no tenía tiempo para cuidar el

estilo. En realidad no tenía tiempo porque estaba siempre de viaje, cumpliendo las misiones que le encargaba el Santo Padre por toda Europa, especialmente en Italia, Alemania, Flandes, Portugal y España.

I -- Esbozo general del Fabro de las cartas

Inspirado en el Jesús itinerante de los evangelios, Fabro es el hombre tomado por Jesucristo en su misión de servir al reino del Padre. Los saludos y despedidas de sus cartas, en nada palabras clichés, muestran al enamorado del Señor y entregado a su causa.

Encarna el ideal ignaciano de discurrir, enviado por el Papa, de una parte a otra sirviendo al bien más universal. Experimenta la profunda alegría de estar siempre en camino al servicio de la Iglesia peregrina, a la vez con un profundo anhelo de la Patria eterna.

Su apostolado está marcado a fuego por los Ejercicios Espirituales aprendidos de su amigo Ignacio. Son su fuente y método para acompañar personas e instituciones en su crecimiento en Cristo y reformar la Iglesia. Los exprime hasta lo último y saca provecho de ellos para sí mismo y los demás.

En sus misiones toca los puntos más candentes de la reforma de la Iglesia. Se relaciona con personas grandes y con gente sencilla. Trata con obispos, nuncios, delegados papales, dietas y coloquios de reforma, monasterios y universidades. Pero tiene siempre un perfil humilde y sencillo que gana los corazones y genera confianza.

Su caridad es viva y ocurrente hacia los dolidos, los en peligro, los pobres. Nunca deja de servirlos en sus necesidades, creando para esto instituciones permanentes y duraderas.

Su vida espiritual se alimenta de la Palabra de Dios, que la asimila y comunica a otros mediante los Ejercicios Espirituales. Formado en esta escuela, vive siempre en contacto con Dios y atento a los sentimientos y toques interiores del Espíritu que lo mueve a grandes deseos.

Vive y actúa con una conciencia agradecida de ser dirigido por el Espíritu Santo. A la vez, desea de corazón la obediencia a Ignacio, que le proporciona el gozo de saberse enviado en misión por el Papa, representante de Cristo.

Ama la Palabra de Dios y es fuerte en la teología de su tiempo. Pero no cree que mediante discusiones teológicas se vaya a lograr la unión con las iglesias de la reforma de Lutero y Melanchton. Cree, eso sí, en el diálogo comprensivo y respetuoso, que mueve a la reforma de las costumbres.

Está lejos de sus queridos “amigos en el Señor”, pero se mantiene unido a ellos por su estar “en Cristo”, que anula las distancias. Lo liga un intenso vínculo afectivo que hace que todo el tiempo los tenga presente y que les reclame y les exija cuando las cartas escasean o se retrasan. Siente un amor especial a Ignacio y Francisco Javier, sus compañeros de cuarto, cuando fueron estudiantes en la universidad de París.

Ama la naciente Compañía de Jesús y se ocupa de traerle nuevos miembros. Impresiona ver a tantos atraídos por su persona y que lo buscan para discernir su ingreso a la Compañía. Esto le refuerza su notable paternidad espiritual. Pero ayuda a discernir sin fanatismos, invitando a cada cual a encontrar el llamado de Dios, orientándolo también a otras órdenes religiosas y a la misión laical.

Se interesa por la formación de los jóvenes jesuitas y de su adelanto espiritual y académico. Les busca casa adecuada a sus estudios y financiamiento para pagarlos.

Ignacio y sus primeros compañeros son como arañitas tejiendo desde diversos rincones geográficos y culturales del mundo el cuerpo de la naciente Compañía.

II – Sus rasgos sobresalientes

“El que mejor da los Ejercicios”

Ignacio pospuso cuatro años dar los Ejercicios completos a Fabro, esperando que superara ciertos problemas psicológicos y espirituales de ansiedades y escrúpulos. Entre tanto le daba Ejercicios más leves, los de la Anotación 18, que lo ayudaron a adquirir más paz y libertad interior.

Los Ejercicios lo calaron tan hondo que Ignacio pasa a ser para él “*su maestro y padre en la fe*”. Éste a su vez afirma de Fabro que “*era el que mejor los daba*”. Los penetra a fondo, impregnan toda su espiritualidad y animan su pastoral. Los grandes principios espirituales que lo mueven, sus modos de orar, sus maneras de discernir las mociones internas y externas, sus reglas para el uso de los bienes materiales y espirituales, sus normas para sentir en la Iglesia, sus criterios de selección de ministerios apostólicos, son los de los Ejercicios. Los da sin complejos, en todas sus formas, extrayendo de ellos su sabiduría para ayudar a los prójimos.

Fabro posee un fuerte sentido de paternidad espiritual, que lo lleva a tener muchos hijos espirituales, a ayudarlos, visitarlos y rezar por ellos. Es un eximio acompañante espiritual. Su modo de proceder con ellos es el de los Ejercicios.

Es humilde en reconocer sus tentaciones y debilidades, sobre todo sus dificultades con “el demonio de la lujuria”, contra el que tiene que luchar denodadamente.

Fiel al espíritu de la tercera manera de humildad (EE 167), es capaz de alegrarse cuando la Compañía es perseguida en Colonia y otras partes. Por el contrario, se sorprende cuando faltan las contradicciones, pese a que emplea todos los medios para contrarrestarlas.

Sabedor de que estará siempre de paso, crea permanencia en los lugares donde trabaja. Afectiva, en primer lugar, porque su partida es sentida con dolor, y no faltan las veces que tiene que oponerse con

firmeza a las presiones de los que quieren retenerlo. Pero también efectiva, porque tiene la sabiduría de dejar instituciones y comunidades apostólicas que continúan lo por él comenzado. Les deja por escrito instrucciones espirituales para mantener vivo el espíritu y los fines propuestos.

Lo mueve una viva y muy ocurrente caridad hacia los dolidos, los amigos, los en peligro, los pobres. Siente un inmenso amor por Alemania y grandes deseos de ayudarla.

Como teólogo destaca por el buen dominio de la Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia como también por el amor y manejo de la teología escolástica, en especial la de Santo Tomás de Aquino.

En el ministerio de la Palabra comenta los Salmos y los Evangelios, y son muchos los que asisten a sus lecciones de la Escritura y encuentran en ellas un camino de conversión y de crecimiento espiritual. En su correspondencia escrita recurre constantemente a la Escritura.

Participa en la Dieta de Worms y en la de Espira, y es llamado al concilio de Trento. Pero no cree en las discusiones teológicas para restablecer la unidad de la Iglesia. Sí que cree en la oración, la reforma de vida y la conversión personal. Su estilo ecuménico es el de la comprensión, la amistad, la dulzura.

Este esbozo me hace pensar a Fabro como el vivo ícono de la Fórmula del Instituto de Paulo III. Con sus pies arrastrando el polvo de los caminos de Europa, marcha en compañía de la Santa Trinidad, de los ángeles territoriales y de los santos y santas del cielo. Sintiéndose capaz de nada, se atreve a todo, porque su confianza la tiene puesta en el Señor, que a todos los atrae hacia la Patria eterna.

Reformador de la Iglesia por medio de los Ejercicios

La Iglesia del siglo XVI enfermaba de corrupción y escándalos. La protesta de Lutero y Calvino vino como reacción a esa situación. En Roma por varias décadas se hablaba de la necesidad de una reforma

“en la cabeza y en los miembros”, pero ésta se dilataba y poco se hacía. Fue el papa farnese Paulo III quien, a requerimiento de muchos, dio pasos decididos en favor de la reforma católica. Para esto se valió muy especialmente del grupo de Ignacio que en 1538 y 39 se había puesto a su servicio para mayor gloria divina.

Los primeros jesuitas enviados por el papa fueron Diego Laínez y Pedro Fabro, mandados al reino de Parma, en el norte de Italia. El año 1539, aun antes de la aprobación oficial de la Compañía, esos dos ya habían partido. Les seguirían muy luego los demás, quedando Ignacio en Roma para hacer de vínculo vivo con el papa y los compañeros dispersos.

La pastoral reformadora de Fabro se basa en los Ejercicios. En 1540 escribe a Ignacio que ha dado Ejercicios a gente importante *“que todo se ha mucho reformado”* (12, 20-21)ⁱ. Por igual fecha escribe a Javier y a Coduri que no sólo él y Laínez, su compañero, los dan, sino que muchos otros, después de hacerlos, comienzan a darlos (13, 22). Confiesa, con cierta perplejidad, que posterga el servicio a los pobres por la enorme demanda de conversaciones, confesiones y Ejercicios (13, 24). Otra vez cuenta a Ignacio de un tal Orlando *“que no hace otro que confesar, ejercitar, enseñar muchachos (=catecismo) y predicar cada fiesta”* (17, 33). A Javier y Coduri escribe: *“De los Ejercicios ya no sabemos hablar en particular, porque tantos hay que dan los ejercicios, que no sabemos el número. Todo el mundo los quiere hacer, hombres y mujeres; súbito como un sacerdote es ejercitado, él los da a otros”* (13, 22).

Un camino laical para seguir a Cristo

En Parma los que han hecho Ejercicios se reúnen en una comunidad llamada “Compañía del Nombre de Jesús”, compuesta de laicos y clérigos, cosa bastante normal antes del Concilio de Trento. Cuando Fabro debe partir para Alemania, le solicitan les deje por escrito una instrucción para ordenar su vida. Es un precioso documento que contiene los rasgos esenciales del modo tan eficaz como los primeros

compañeros formaban cristianos comprometidos con reformar la sociedad y la Iglesia (19, 39-44). Con razón la CVX actual lo estima como uno de sus textos fundacionales. Detengámonos un poco en examinarlo.

En primer lugar les dice que no les dará remedios nuevos sino el de los Ejercicios: *“hay que creer con mucha fuerza que los Ejercicios Espirituales, con los que ustedes han alimentado su espíritu hasta ahora, les serán todavía necesarios para el futuro”* (19, 40). Con mayor razón por el hecho de que ellos están recibiendo a Cristo en la comunión. Entre los Ejercicios que nombra, destaca el examinar la conciencia, el confesarse, la meditación, la oración y las obras de misericordia. Su fruto es conocimiento y abnegación de sí mismo, amor de Dios y del prójimo, perseverancia en las buenas obras con fervor del espíritu (19, 41).

En seguida pasa a detallar cómo hacer en la vida diaria estos Ejercicios. Empieza por la oración de la noche. Arrodillado, recordar por un breve tiempo los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria. En seguida, hacer el examen de conciencia, considerando los bienes recibidos y agradeciéndolos. Así mismo, reconocer los pecados cometidos durante el día, con dolor y propósito de confesarlos cuando sea el momento. Hecho esto, pedirle al Señor una buena noche *“a ti y a todos los demás”*, diciendo para ello tres Padre nuestro y tres Ave María.

A la mañana, antes de hacer otras cosas, los mismos tres Padre nuestro y Ave María, pidiendo para ti y todos los demás, que están vivos, que Dios los defienda de ofenderlo; y que lleve a Sí a los difuntos.

En seguida, si hubiere tiempo, escuchar alguna palabra o pensar en *“algún acto de Cristo para espejarse y excitarse al bien vivir, no sólo en el día, sino siempre, doliéndose de los pecados y deseando vivir mejor”* (19, 41).

Recomienda encarecidamente la confesión y la comunión espiritual. Lo mismo, que todo cristiano establezca las veces que se ha de confesar y comulgar sacramentalmente, recomendando por su parte que esto se haga cada semana (19, 42).

En lo tocante a la vida corporal y temporal, recomienda ofrecerla cada día para que nuestras intenciones y afectos en todo lo temporal se enderecen a la alabanza de Dios y a la salvación del ánima propia y de los prójimos. Les dice: *“Hagan de tal manera que Dios sea el primero que los mueva al trabajo, o también al descanso”* (19, 43).

De ahí, muy en la línea de Santo Tomás, pasa a detallar los pasos del orden de la caridad: se ha de procurar primero el provecho de la propia alma; después, el del alma del prójimo de dentro o de fuera; después el propio cuerpo; en seguida, el cuerpo del prójimo. Por último, las cosas materiales (*“la robba”*) y otras cosas necesarias para el cuerpo. Insiste en el cuidado de que en estas cosas no se introduzca desorden.

Les enseña para esto dejarse guiar por el “tanto cuanto” del Principio y Fundamento y, sin nombrarlas, por las reglas para el buen uso de los bienes (EE 337-344). Termina con una llamada al heroísmo de estar dispuestos a dar la vida temporal por el bien espiritual de los prójimos (19, 43).

Promotor de vocaciones

Fabro fue toda su vida un agradecido a Dios por haber conocido a Ignacio y demás compañeros de la Compañía de Jesús. Ama intensamente la Compañía. Desde la Dieta de Worms escribe a Ignacio: *“Me podría ocupar muchos días agradeciendo, reconociendo y alabando la bondad de Dios por la aprobación de la Compañía”* (20, 44). Por lo mismo fue un gran promotor de vocaciones. Irradiaba entusiasmo apostólico y muchos jóvenes querían seguir su modo de ser. Cuenta entre ellos algunos tan destacados como Jerónimo Domenech, Benedetto Palmio, Antonio Criminali (primer mártir de la Compañía en la India), Pedro Canisio, Mananeo.

Su trabajo vocacional se basaba en los Ejercicios, comenzando con los modos de orar y examinarse, el Fundamento y la conversión y la contemplación de los misterios de la vida de Cristo. A los que estima capacitados para entrar en las elecciones, les propone las

meditaciones de Banderas y Binarios y las Tres Maneras de Humildad, junto con las reglas más finas de discernimiento de espíritus para que cada uno elija llevado por el Espíritu del Señor.

En los primeros años de la Compañía el noviciado no se hacía en un lugar específico, por un tiempo determinado, con formadores ad hoc, sino acompañando en la vida apostólica a alguno de los padres fundadores. Fabro desempeñó este servicio y lo hacía con mucha dedicación, dando a los novicios los Ejercicios de mes, poniéndolos en experiencias de hospitales, de peregrinación y de hacer catecismo a gente sencilla.

Con los estudiantes de Paris

En cuanto a los admitidos a la Compañía, muchos habían ya terminado sus estudios y eran sacerdotes. Pero otros iban a estudiar a alguna universidad, viviendo en colegios. Fabro se preocupaba de buscarles casa adecuada y de conseguir fondos para su sustento (88, 265).

Se interesaba mucho por la formación de los nuevos jesuitas, tanto la espiritual como la académica. En carta desde Ratisbona, con fecha 12 de mayo de 1541, les desea a los compañeros estudiantes de Paris *“que puedan gozarse en el Señor del triunfo que reportaréis, si con el espíritu del saber no apagan el espíritu del santo sentir”* (35, 102).

Pero para esto – les dice - han de estudiar con el Espíritu Santo, al que llama *“el sumo preceptor”* y el *“último impresor de las letras”*, que ha de ser siempre *“vuestro repetidor”*. Sólo en él *“todo cuanto se sabe, bien se sabe; sin el cual, el que algo sabe, aún no lo sabe como hay que saberlo”*. Y profundiza esta afirmación, diciéndoles: *“También las palabras de Cristo, nuestro sumo maestro, dichas por su propia boca, han menester de este repetidor, según aquello del evangelio: “El Espíritu Santo les enseñará todo lo que les he dicho” (Jn 14, 26)”*.

De esto arguye: *“Si Cristo, nuestro maestro, nuestra luz y paz, que es nuestro camino, verdad y vida, quiere que tengamos su Espíritu no*

solamente para el sentir de la voluntad y corazón, sino también para el saber del entendimiento; ¿cuánto más esto será necesario para las otras disciplinas dictadas por boca de preceptores inferiores a Cristo nuestro Señor?” . Lo confirma con el ejemplo de Santo Tomas de Aquino “el cual no solamente procuraba en la oración repetir sus lecciones, sino también pasarlas con el íntimo maestro antes de ir a oír de otros preceptores”.

Y concluye: *“Por conclusión, lo que os ruego en el Señor es que por medio de un tan gran maestro siempre preleáis vuestras lecciones (=clases), y después con el mismo las repitáis”* (35, 103).

Con humildad muy típica suya, les dice que su actual generación tiene ventaja sobre la de Ignacio y la suya, que también estudiaros en Paris, porque ellos no tenían tan claro eso de centrar su vida en Cristo, mientras que ellos sí que lo tienen muy claro. Fabro ve a esos jóvenes compañeros ya marcados por las cuatro semanas de los Ejercicios, enamorados de Jesucristo crucificado, que es fuerza y sabiduría de Dios, aunque para el mundo sea tontería y escándalo. Los anima pues a centrarse en Cristo que es *“la Verdad salida del Padre y que a Él regresa por una línea muy recta”* (35, 103).

Les cuenta noticias de sus trabajos en Alemania, donde siente que *“el negocio de la fe va muy ambiguamente”*, refiriéndose a los coloquios y las dietas entre teólogos reformados y católicos. No bastan las palabras y razones para lograr la unión. Y termina diciéndoles: *“Por tanto bien podéis exhortar a aquellos letrados de Paris, a que procuren buscar el espíritu vivificador de las letras mediante una vida muy señalada en Cristo, para poder persuadir la fe a los caídos”* (35, 105).

Los de Coímbra

Desde Lovaina escribe a Francisco Javier que un grupo de jesuitas va desde allí a Portugal a continuar sus estudios en Coímbra (78, 232-236). El mismo tema lo trata en carta a Simón Rodrigues, provincial de Portugal y reinos de ultramar, en la que reconoce que ha sido tal vez demasiado fácil en seleccionarlos, por faltarle el tiempo y por el fuerte

deseo que tiene de que jesuitas del mundo germánico regresen ya formados a trabajar en esas tierras.

Su confesión enternece: *“algo nos ha hecho abrazar mucho, sin poder bien mirar todas las particularidades...Ellos lo primero que harán será hacer los Ejercicios; y allí se verá el espíritu de cada uno. El deseo que tengo de ver por acá gente de la misma lengua me ha ayudado algo a ser fácil en tomar y mandar allá tanta gente. Por tanto os ruego por amor de Cristo nuestro Señor que los améis muy especialmente a cada uno por sí. Sus almas no están aún tales que puedan buscar el espíritu que está en ellos, o retenerlo si ya lo tienen. Por eso será menester más trabajar con ellos, para que se dispongan enteramente a perseverar”*.

Le añade a su amigo Simón que si él estuviera cierto de permanecer en territorio germánico, se encargaría él mismo de la formación de esos jóvenes. Pero la obediencia lo estaba enviando a Portugal (77, 231; 84, 256).

Con los estudiantes germanos

Fabro sigue de cerca a cada uno de los estudiantes jesuitas. En febrero de 1544, en muy buen latín, consuela a la madrastra de Pedro Canisio –dama importante - por su dolor ante el ingreso de éste *“joven excelente y entregado”* a la Compañía. Le muestra horizontes espirituales, le promete oraciones y le asegura que de los bienes de herencia de Pedro él no recibirá nada. La Compañía no busca bienes perecederos. En cuanto a que su hijo Pedro viva con él - *“un vagabundo desconocido”*, como se mofaba de él la gente -, Fabro responde: *“No niego que soy peregrino, como también mis padres. Soy peregrino en esta tierra (de Alemania), y seré peregrino en todas las tierras a las que me conduzca la bondad de Dios mientras viva. Pero me esfuerzo, a esto estoy muy decidido, en ser de la familia de Dios y ciudadano de los Santos”* (83, 254-255).

En carta a Ignacio desde Colonia, alaba a un joven jesuita flamenco bachiller en teología, que va a Roma a continuar allá sus estudios y

formación: *“su fervor y alegría que tiene para servir a Cristo nuestro Señor, mucho me place”* (Nº 89, 266).

Guillermo Postel (1510-1581), natural de Normandía, estuvo en contacto con Ignacio, Fabro y Javier cuando estudiaban en París. Persona docta y singular, fue lingüista, astrónomo, cabalista, diplomático y erudito famoso en el siglo XVI. Para algunos es precursor del feminismo, con su profesía de un Mesías mujer. Tradujo y publicó muchos manuscritos de lenguas semíticas. Postuló y fue admitido por Ignacio a la Compañía, pero era inconstante y pronto volvió con sus rarezas. Ignacio pidió a los padres Laínez y Salmerón que trataran de enderezarlo, pero no lo consiguieron. Entonces entró Fabro para ayudarlo, aconsejándole que deje sus rarezas sobre los muertos. Lo insta a que sea constante: *“Vamos, querido Guillermo, adelante...Busca en todo lo perfecto...No vuelvas atrás en cuanto a las miradas, los oídos u otro de los sentidos. Habiéndote humillado en una cosa, humíllate en todas. Con paciencia busca lo perfecto para que crezcas en el Señor ...con toda suerte de riquezas espirituales”*.

Fabro sabe que su amigo Guillermo, una personalidad extremista, que se conquistaba influencias en la corte de los reyes, busca hacer los servicios más bajos y humildes entre sus hermanos. Lo felicita por esto y expone su versión de la humildad: *“La grandeza del hombre no consiste en buscar y abrazar grandezas mundanas sino en buscar las más pequeñas. El amor de la cruz y del anonadamiento muestra al hombre de espíritu fuerte; no así el amor del poder y grandezas. Continúa por lo tanto ejercitándote en las cosas bajas, para que así consigas las grandezas de la vida eterna”*. Y le confirma su enseñanza con dos comparaciones: la cifra cero (=0) añade valor, no a los números que se le posponen sino a los antepuestos. Y esta otra: los nabos valen no por lo de arriba sino por lo que está enterrado bajo tierra (Nº 93, 283).

Pero tampoco Fabro tuvo éxito y, finalmente, Ignacio lo despidió de la Compañía, prohibiendo a los jesuitas que hablaran con él.

Amor a los de Coímbra

Fabro quería mucho y era muy amado por la comunidad de sacerdotes y estudiantes de Coímbra. Sin embargo había serios problemas allí.

Los estudiantes, dentro de todo su fervor, hacían cosas estrambóticas, dejándose llevar por fervores indiscretos. Algunas se hacían sin permiso del provincial; otras, con su venia; otras por su expreso mandato. En agosto de 1545 el P. Santa Cruz, rector de estudiantes, da cuenta a Fabro de lo que allá estaba sucediendo (114, 342-350).

Un estudiante, en connivencia con otro, llevó a clase una calavera de muerto y la estuvo contemplando durante las dos horas de la lección. En castigo el provincial les prohibió entrar a la casa hasta entrada la noche. Fue necesario que el rector de la universidad intercediera en su favor para que se les perdonara y se los dejase entrar. Pero el provincial no aflojó y prohibió a los demás que les hablasen por varios días.

Para aplacar al provincial, y que éste revocase su orden, uno de los implicados en lo de la calavera quiso entrar en el refectorio yendo desnudo, descalzo, con unas disciplinas en la mano y una soga a la cabeza. Pero el superior le mandó que se retirara porque esto lo hacía “sin licencia”.

Otras veces los estudiantes hacían penitencia saliendo vestidos en formas extrañas. En una ocasión, al anochecer, el provincial envió a un grupo *“por las calles y con una campanilla, uno diciendo en voz alta: ‘Infierno a todos los que están en pecado mortal’*. Otra vez envió a dos, vestidos con ropa muy vieja, a pedir limosna por la ciudad, diciendo: *“Dadnos limosna, por amor de Jesucristo”*, lo que les pareció muy mal a las autoridades de la ciudad. Otros diez o doce hermanos salieron de tarde a invitar a que la gente asistiera a la predicación, diciendo: *“Tierra, tierra, tierra, ven a la plaza a oír la palabra de Dios”*.

Tanto fervor suscitaba críticas, a veces muy teológicas basadas en Santo Tomás, que sostenía que no se puede predicar el temor sino cuando el pueblo está tan alejado de Dios, que por amor no se moverá a bien vivir. Pero también hacía fruto, porque mucha gente se convertía e iba a las predicaciones del P. Estrada, de noche, a la luz de la luna, y se confesaban. Una vez cuatro o cinco estudiantes quisieron entrar a los jesuitas, pero se recibió sólo a uno.

De oro y no de lodo

Al mes, desde Valladolid, Fabro responde al rector Santa Cruz, pero sin aludir a las rarezas relatadas por el rector. Esto lo retrata, porque es muy suyo fijarse poco en las cosas negativas, como lo confesaba en carta escrita meses antes a Ignacio: *“A mí todo me podrá parecer oro lo que a otro le parecerá lodo. El Espíritu Santo nos rija siempre a todos”*. Le dice que para los defectos consulte al P. Araoz, que lleva más tiempo allá (96, 299).

Los tres superlativos

En cambio ofrece un criterio para formar jesuitas, que es el de los tres superlativos: “mínimo, último, ínfimo”. Y explica: Por el primero – mínimo – uno no se contenta con las cosas como son sino que aspira ascender a cosas mayores. Por el segundo – último -, olvidando las cosas dejadas atrás, y tratando de alcanzar bienes mayores, no se siente por encima de nadie. Por el tercero – ínfimo – su máximo deseo es obedecer y ser pospuesto”. Estos tres superlativos son el camino para que *“Nuestro Señor nos tenga de su mano para en todo agradar a su divina majestad, para ser provechosos a nuestros prójimos, y para acabar de bien vencernos a nosotros mismos”* (118, 362). Son su síntesis de tres pilares de los Ejercicios: el *magis*, el llamado del Rey eternal con la oblación, y la tercera manera de humildad.

Muestra sus sentimientos espirituales

Fabro relata con mucho fervor a la comunidad de Coímbra sus andanzas y pide que rueguen por él. En carta al rector Santa Cruz, a raíz de las noticias enviadas por Javier de los mártires de la India, se explaya: *“Jesucristo nos encienda a todos en el amor de su honra y deshonorra, de sus riquezas y pobrezas, de su gloria y cruz y de todo lo demás en que consiste su voluntad bien apacible y perfecta. Queridos míos, sean pues siempre y en todas partes fuertes en la fe, sabios en la caridad, ricos en la esperanza, amantes de la caridad fraterna, perdonándoos y soportándoos mutuamente”* (124, 371)

En carta del 13 de enero de 1546 a los de Coímbra, les abre sus sentimientos espirituales de ese tiempo litúrgico. Se queja de no haber recibido sus saludos de Pascua de Navidad y se confiesa débil en cuanto a nacer y renacer en Cristo:

“yo me quedo este año como el otro, y no me hallo más pronto para padecer y para servir, que si no hubiese otro nacimiento que el del cumpleaños. Cristo nació pequeño por mí y por todos, y se entregó enteramente a mí como hijo. Y yo no sé hacerme hijo ni siervo de nadie; y menos hacer cuenta que soy nacido esclavo de cada persona. Esto lo siento, cuando me quieren mandar como a hijo, o como a siervo, o como a esclavo; porque luego me parece que no tienen tal poder ni tal autoridad sobre mí....Rueguen al Señor por mí para que algún día pueda decirles por escrito que “nos ha nacido un Niño” no sólo en Cristo, sino en mí...Si fuere así, nacerían y me serían dados muchos hijos por medio de Cristo a mí. Los que bien los necesito, aunque no fuese sino para que rogasen a Dios por mí” (130, 384).

Estas líneas nos adentran en el corazón de Fabro, deseoso de llenarse de Cristo. En palabras que recuerdan la promesa fecunda de

Dios a Abraham, Fabro ansía llenarse de Cristo para tener muchos hijos que rueguen por él. Pero no sólo para que rueguen por él, porque lo que más anhela su corazón misionero es que muchos jóvenes entren a la Compañía y marchen a la India para acompañar a Javier; o que se dediquen a sanar las heridas de su querida Alemania.

“No puedo no obedecer a unos sentimientos...”

En carta del 10 de marzo de 1544, desde Colonia, Fabro escribe a Ignacio y le dice que está dudoso si dejar algunos escolares en Lovaina, sin llevarlos a Portugal, para asentar la Compañía en Alemania. Le dice,

“estoy perplejo sobre el dejar algunos acá o no. El celo que tengo sobre esta nación, y el amor que el Señor me da para ella, no permite que a todos haya de llevar. Por otra parte, viendo el peligro que hay de no se aprovechar tanto ellos acá en letras y espíritu como en Portugal, así batalla en mí la humana consideración, según la cual ninguno habría de estar por estas partes, sino por obediencia, y la divina consideración fundada en esperanza, según la cual querría que la mitad de la Compañía estuviese por acá, dando voces, rezando y llorando, y muriendo cada día por esta gente de acá” (N° 84, 256).

Dos meses más tarde en carta a Ignacio vuelve sobre el tema. Dice que podría llevar consigo a Portugal a Duchateau, Alvaro Alfonso y Pedro Canisio, lo que desde el punto universitario les sería de mejor provecho, pero que siente mociones espirituales en sentido contrario:

“Yo no puedo no obedecer a unos sentimientos, con los cuales y por los cuales me parece siempre, y a veces siento en nuestro Señor, de que con su presencia de estos mejor se conservará alguna cosa aquí; y que nuestro Señor dispondrá mejor alguna manera, por donde la Compañía tome raíz en Alemania” (N° 86, 259).

Como estos, podríamos citar muchos más textos en que Fabro expone sus sentimientos, consciente de que por ellos le habla el Señor y conduce a la Compañía en sus elecciones y ministerios apostólicos. La gama de sus sentimientos es muy amplia: alegría, paz, amor de las personas a él y a la Compañía, deseos de ayudar, sentimientos de amistad, pena y dolor ante una necesidad, etc. Vive atento a los sentimientos que el Señor pone en él y en otros, como se ve en su famoso *Memorial*, que es la historia de cómo el Señor lo ha conducido interiormente por medio de los toques o sentimientos, los suyos propios o los de los demás. ¡Qué lejos está esto de una comprensión moralista o meramente racional del vivir cristiano y del apostolado!

La espiritualidad de Fabro es la historización de lo que Ignacio dice en los Ejercicios acerca de la consolación y la desolación, las elecciones por tres tiempos y el bloque de Banderas, Binarios y Tres Maneras de Humildad (EE 135-188). Es la concreción de lo que encontramos en la Parte VII y X de las Constituciones de la Compañía sobre la unión del instrumento con Dios nuestro Señor. Es la encarnación del sentido hondo de la obediencia apostólica de la Compañía, que la vivimos en y desde el misterio del Dios Trinidad, que conduce la historia en juego con nuestras frágiles libertades humanas. Por esto, en carta a Ignacio, contándole de sus continuos viajes por España, con humor santo le dice que *“el verdadero desterrador es el Espíritu de Cristo nuestro Señor”* (50, 151).

Una tensión antigua que revive hoy

Desde el generalato del Padre Arrupe (1965-1983) la Compañía de Jesús ha procurado juntar sus estudiantes en centro teológicos de alta calidad académica, aunque sea al costo de alejarlos de sus provincias de origen. Fue el caso de los jesuitas norteamericanos, que cerraron varios teologados para concentrarlos en Boston, Berkeley y Toronto. Y el de las provincias de América Latina, que reúne sus estudiantes de teología en Bogotá, Belo Horizonte y Santiago de Chile. Otro tanto se hace en la compleja Europa.

La idea venía desde San Ignacio que fomentó juntar los estudiantes en tres centros académicamente importantes: París, Roma y Coímbra. Pero como la realidad pesa más que los planes, el proyecto chocó con la cruda necesidad de que los estudiantes quedasen en su tierra y lengua, para favorecer las vocaciones y otras razones apostólicas.

Es el problema que hubo de resolver Fabro, que – como hemos visto - mantuvo estudiantes en Lovaina y Colonia, pese a que dudaba de la calidad académica de esta última (104, 316). Pedro Canisio era del mismo parecer, mientras que Bobadilla por su cuenta formaba jóvenes – hoy los llamaríamos seminaristas - *“para reformar Alemania, aunque no sean de nuestra Compañía”* (115, 354).

Su autoestima espiritual

Fabro tenía baja autoestima de sí y de su vida espiritual. Sentía que su trabajo no era más que *“trazar vidas y trazar perfecciones con la sola lengua”* y pedía al Señor la gracia de pasar de los dichos a los hechos (130, 385). Vive en continua intercesión, invocando la ayuda de sus amigos del cielo, para obtener esta gracia, y ruega muchas veces a Ignacio que haga rogar a los de la Compañía por él (137, 397).

Al salir de España para ir al concilio de Trento, se despide de Simón Rodrigues reconociéndose pecador y *“con deseo de que mi peregrinar lejos de ti sea para ir a buscar otro Fabro menos suyo y más tuyo en Cristo que no éste”* (143, 421).

No obstante esta baja autoestima, fiel a sus famosos *“tres superlativos”*, se atreve a todo y lo emprende todo. Ni la corte del Emperador, ni los nuncios y legados del papa, ni los duros viajes con amenazas de salteadores lo apartan de su misión de ser testigo de Cristo y llevarle almas a Él. Su corazón vibra con Alemania, cuya crisis eclesial le parte el alma. En realidad, se extiende al mundo entero, deseando en 1545 ir a la India junto con otros compañeros (125, 372).

El penitente y el confesor

Hacia fines de enero de 1544, a requerimiento de muchos, Fabro redacta el escrito "*Consejos para las confesiones*". Está dirigido a preparar al penitente para que se confiese bien; y al confesor para que actúe como Cristo lo haría, y lo haga crecer en el que se confiesa. Es notable cuánto de los Ejercicios incorpora en la preparación al sacramento y en lo que recomienda al confesor. Es un convencido de que la reforma de la Iglesia pasa por la conversión personal; y no sólo de los grandes pecadores sino también de los tibios, y de todos.

La primera cosa es que el confesor inspire mucha confianza y nada de temor al que viene a confesarse. Aconseja que el penitente diga primero aquello de que más se arrepiente y de ahí siga el resto. Se ha de tener una delicadeza suma en materia de sexo. Enseñar a confesar no sólo las faltas contra los mandamientos sino también y muy en especial las que tocan al estado de vida. A los que no confiesan mortales, hilar más fino sobre acciones, palabras, pensamientos, omisiones. La idea es ayudarles a salir de la tibieza. Que se tracen metas altas, emulando a los santos. Esto es construir Iglesia. El mundo está infectado de comodidad y hemos de combatirla, comenzando desde los jóvenes.

Es importante enseñar a examinar las intenciones de todo: del propio estado, obras y negocios; de los estudios, aficiones y conversaciones. Preguntarse "¿a qué apuntan?, ¿para dónde vas en la vida? ¿con qué fin juntas bienes materiales?"

Examinar lo concerniente al vestido y el uso del tiempo de día y de noche. Así mismo, preguntarse por la educación de la familia y de la servidumbre.

Hemos de enseñar a los penitentes a adquirir un conocimiento verdadero de sus errores y a dolerse de corazón. Esto lleva a un verdadero propósito de la enmienda en todo, y mueve a la satisfacción

y restitución. En una palabra, a que el penitente se ordene en todo (*rectificetur in omnibus*).

La oración, es tema muy central en la ayuda al penitente. Precisa enseñarle qué, cómo y cuándo orar. Diciendo esto Fabro tiene en su mente la variedad de modos de orar que enseñan los Ejercicios. Recomienda en especial que aprenda a gustar algún paso de la vida de Cristo, en particular de su Pasión. Vincula la oración con el examen particular para desarraigar defectos y fomentar virtudes (EE 24-31).

El confesor ha de implorar la unción del Espíritu Santo. Ha de ser suave, manso y bondadoso. Por ningún motivo puede dejarse llevar por la amargura o molestarse por lo que escucha. *“Guardémonos del orgullo farisaico y de palabras exasperantes. En cuanto sea de nuestra parte, que nadie se vaya de la confesión sin tener un gustoso deseo de volver. Nunca actuar con dureza sino con dulzura”*. El confesor representa a Cristo quitando los pecados del mundo (*Christum tollentem peccatum mundi repraesentamus*) (82, 251).

Hemos de animar a todos, especialmente a los consuetudinarios, a que tengan esperanza. Enseñarles la manera de examinar los pecados y sus ocasiones. Recomendar la confesión a un mismo confesor que les ayude en el progreso espiritual, e invitarlos a la comunión frecuente. Alentarlos al dominio de sí, haciendo obras de mortificación que se opongan a sus malos hábitos. A los que se desaniman al constatar que crecen las tentaciones, darles esperanza de que a su debido tiempo serán libres.

Termina la instrucción con las palabras de San Pablo: *“La caridad es paciente, es benigna; todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre, todo lo soporta. La caridad nunca se acaba”* (1 Cor 13, 4, 7, 8).

III – Una opción radical de servicio presbiteral.

Nos preguntamos cada cierto tiempo, especialmente cuando estamos en crisis, por lo propio del sacerdocio de la Compañía: ¿es algo sustantivo o adjetivo? ¿Qué relación guarda el servicio a la Palabra

con lo cultural? Pienso que lo dicho sobre la figura de Fabro nos ofrece pistas valderas a nuestras preguntas.

Pero primero hemos de situarlo en su contexto teológico eclesial. La definición del Concilio de Trento sobre la diferencia de grado entre el sacerdocio común de los fieles y el de los ordenados presbíteros data del año 1563; o sea, es posterior a Ignacio y a Fabro (Denz.. 1767 y 1776). Trento tenía también preparado un esquema sobre el sacerdocio común de los fieles, pero no logró discutirlo por las desavenencias entre los príncipes de su tiempo. Esto hizo que quedara desbalanceada la relación entre presbíteros y laicos, colocando a los sacerdotes en un compartimento superior y separado, el del clero. Cosa que nos ha penado hasta el Vaticano II (LG, capítulo sobre El Pueblo de Dios).

Ni Ignacio ni Fabro entendieron así el sacerdocio. Para ellos era más bien lo contrario. Lo que querían era, como Jesús, estar muy cerca de la gente para poder ayudarla. Para esto renunciaron a privilegiar los aspectos culturales del sacerdocio, al igual que formas monásticas de la vida religiosa. Querían ser instrumentos vivos de Cristo; servir como él; vivir su estilo de vida; ejercer sus poderes de anunciar y sanar; que él actuase por medio suyo; estar con los pobres; ir a los más necesitados. Eligiendo ser así sacerdotes para servir, se asemejaban más a Cristo.

Sentían que el Espíritu los confirmaba en este deseo de radical seguimiento del Señor para ayudar a los prójimos. Para poder vivirlo con mayor libertad, se ligaron con voto de castidad y pobreza y se ponen a disposición del Vicario de Cristo, garante de la universalidad, para que los envíe en misión a dondequiera fuese el bien más universal y necesario de los prójimos.

Fabro cuenta en su Memorial cómo llegó a ser sacerdote. Fue en París, guiado por el Espíritu Santo y ayudado por Ignacio. Lo dice así:

“Tiempo atrás, antes de afirmarme en el modo de vida, que por medio de Ignacio me concedió el Señor, anduve siempre confuso y agitado de muchos vientos; una vez me sentía inclinado al matrimonio; otras quería ser médico o abogado, o regente o doctor en Teología. A veces quería también ser clérigo sin grado o monje. En

estos bandazos me movía yo, según fuere el factor predominante, es decir, según me guiase una u otra afección. De estos afectos, como ya dije antes, me libró el Señor y me confirmó de tal manera con la consolación de su espíritu, que me decidí a ser sacerdote y dedicarme a su servicio en tan alta y perfecta vocación. Nunca mereceré servirle en ella, ni permanecer en tal elección que deberé reconocer como muy digna de entregarme a ella, con todas las fuerzas de mi alma y cuerpo” (Memorial 14).

Por un tiempo se le presentaba el ser sacerdote como una entre otras posibles opciones de vida. Pero se sentía confuso y agitado, y sufría con esto. La salida de esta aflicción la experimentó como una liberación de una cárcel. Quién lo liberó no fue él sino el Señor, que lo confirmó con la consolación de su espíritu. Tomó así la decisión de ser sacerdote y dedicarse al servicio del Señor, vocación que él califica como “tan alta y perfecta”. Excede todo mérito propio y desea entregarse a ella con todas las fuerzas de su alma y cuerpo.

¿Cómo vive el sacerdocio? Lo hemos visto en las páginas anteriores, que espigan textos de sus cartas. Fue un hombre de disponibilidad inmediata, deseoso de dialogar con todos, especialmente con Melancton, desasido de sí y fácil para ponerse en el lugar del otro, de grandes deseos apostólicos que lo llevan por todo el mundo.

Está centrado en Cristo y el reino del Padre por medio del Espíritu. Vive atento a la conducción del Espíritu, que es que da el verdadero saber, el gusto interior y el que “lo destierra” a donde la obediencia lo manda.

Con sus famosos “tres superlativos” aspira siempre a cosas mayores, manteniéndose él humilde y al servicio de todos, especialmente de los pobres y los que más sufren.

Es muy afectivo y está atento a sus “sentimientos” a través de los cuales Dios se le comunica. Es amistoso y cultiva la amistad, dedicando tiempo para visitar y escribir cartas. El sentimiento de amistad lo ve como una de las formas en que nos visita Dios. Es devoto, dulce y sencillo de trato, con lo que se gana muchos amigos. La herramienta más eficaz de su pastoral vocacional es la amistad, que atrae a seguir su modo de vida.

Es asiduo en el servicio de la Palabra, mediante cursos de Escritura, prédicas, catequesis y Ejercicios Espirituales. Sobresale en el apostolado de la conversación espiritual y en el ministerio de oír confesiones. En éstas se esfuerza para que el penitente, por medio de una reforma de vida, logre un verdadero crecimiento en el Señor. Es un convencido que la reforma de la Iglesia ha de pasar por la conversión personal y estructural. Para lo estructural, fomenta instituciones que aseguren la continuidad del fruto espiritual nacido de las predicaciones y Ejercicios.

El ministerio sacerdotal lo ejerce en forma gratuita, no aceptando dinero ni recompensa alguna, pero a la vez con cuidado de no ofender a nadie con respuestas duras.

La vida de Fabro contribuye a crear esa nueva imagen del sacerdote reformado, que aporta tanto a la renovación de la Iglesia. Es el sacerdote misionero, peregrino de lugar en lugar, libre en acudir a donde haya necesidad, exigente en cuanto a la formación humanista y teológica (desea ir a enseñar Cicerón al nuevo colegio de Gandía!), de obediencia activa capaz de juntar disponibilidad y atención a la conducción del Espíritu, búsqueda del bien mayor y universal. Es el sacerdote que, mediante la pastoral de los Ejercicios, establece un trato personal con los prójimos y los ayuda a no quedarse estancados espiritualmente, sino a crecer en el servicio del Señor.

Fabro vive el sacerdocio como respuesta cotidiana de amor al llamado de amor del Señor a ayudar a las almas, que es siempre lo primero en la búsqueda de la mayor gloria de Dios.

Mucho más se podría decir del Fabro de las cartas. Pero quedémonos aquí, pensando y gustando lo que él nos dice para la reforma de la Compañía y de la Iglesia que hoy anhelamos y nos esforzamos por conseguir.

ⁱ Cito de la edición crítica de Monumenta Historica Societatis Iesu. Fabri Monumenta, que contiene 148 cartas y documentos en 440 páginas. La mayoría de las cartas son de Fabro a otras personas; pero un buen número son cartas a él. En las citas dentro del texto el primer número dentro del paréntesis corresponde al número del documento; el segundo número indica la página.